



AC. ORESTES FIANDRA CUCULIC
(1921-2011)



I

Orestes Alfredo Fiandra Cuculic nació en Montevideo el 4 de agosto de 1921. Falleció en la misma ciudad el 22 de abril de 2011, a los 89 años. Pero a los pocos días de nacer marchó con sus padres a Nueva Palmira, Colonia, donde transcurrió una niñez feliz y donde encontró en la adolescencia su vocación. En la infancia alternó entre Montevideo, en la época escolar, en el barrio del Cordón, y el terruño de su madre, Nueva Palmira, durante las vacaciones. Su hogar estuvo integrado por su padre Orestes Juan Antonio, un hombre en extremo bondadoso, de carácter conciliador, con un espíritu creativo, que lo llevó a tener una empresa de

importación y ventas al por mayor de productos textiles; su madre, Slava Teresa Cuculic Fontana, una extraordinaria y bonita mujer con importantes dotes en las habilidades manuales y culinarias y su hermana Teresa Leticia, nacida cuando Orestes contaba con siete años de edad.¹ Se educó en la Escuela Pública, la No. 46 de 2º Grado, en Montevideo, concurre al Liceo y a los Preparatorios del IAVA, donde volcaba sus esfuerzos hacia la Historia Natural y la Física. Fue beneficiario de una época de esplendor en la Enseñanza uruguaya, de una calidad y disciplina que hoy añoramos.

En Nueva Palmira, su abuelo croata, Mateo Çuçulic, luego devenido Cuculic, pescaba siempre en el Arroyo Higuieritas, donde hoy es el embarcadero de yates. Contaba luego Fiandra, en julio del año 2002²: *“Mi abuelo había armado un aparejo de barco para que nosotros, muchachitos del barrio, engancháramos los árboles y los sacáramos del arroyo para así dejar el lecho de la corriente libre. No era fácil, y tanto es así que un día se enganchó el anzuelo y mientras intentábamos hacer la operación de costumbre, él se fue a la casa contigua al arroyo, donde vivía. No pudimos levantar aquel tronco que pesaba tremendamente. Llegó el abuelo y se lo dijimos. Nos preguntó: “¿Eh, quien fa la forcé? Chambones: préndanse todos del cabo y tiren cuando yo les diga...” Se sentó en su silla de pescar y dio la orden haciendo un gruñido como si él mismo estuviera haciendo la fuerza. Levantamos el pesado tronco pero, lo que es más importante, aprendimos lo que es la sincronización del esfuerzo humano”*. Este abuelo fue un aventurero en el buen sentido del término, que vino solito de Europa, formó una empresa naviera que vinculó los ríos de la región y pudo ser el socio de Nicolás Mihanovich, pero prefirió quedar solo en esa tierra hospitalaria.

En Palmira, desde su juventud, hizo³ *“natación y navegación en botes pequeños que construíamos con chapas de zinc; nadaba en el Río Uruguay frente a Nueva Palmira y me gustaba hacerlo hasta la zona de Punta Gorda, unos 5 kilómetros al sur de Palmira. [En el kilómetro cero del Río de la Plata]. Luego volvía trotando. Con el bote recorría el Arroyo del Sauce y a veces las islas argentinas del Delta. Ahora hago el mismo recorrido, pero en una lancha a motor: es una distracción maravillosa”*. Él, su esposa e hijos, y con el tiempo su prole, con más sus amigos, supieron disfrutar de la navegación y ese contacto íntimo, de sosiego y paz, que brindaba el río, en embarcaciones que con el tiempo fueron aumentando de porte y comodidades, y que es característica de quienes aman las costas del río Uruguay.

Había iniciado sus estudios de preparatorios de Ingeniería y volvía en sus vacaciones a Palmira. Entonces un tío suyo, el Dr. Medulio Pérez Fontana, de

¹ BIANCHI, Daniel: Homenaje de la Cámara de Representantes al Ac. Prof. Dr. Orestes Fiandra Cuculic, 11 de agosto de 2010, versión taquigráfica.

² Referentes de la Medicina. *El Diario Médico*, No. 40, julio 2002, pp- 8-9.

³ *El Diario Médico*, No. 40, julio 2002, p. 9.

rancia estirpe, que dirigía el Hospital de aquella ciudad, le pidió ayuda para cumplir una solicitud de investigación que le había hecho el Prof. Rodolfo V. Talice, titular de la Cátedra de Parasitología, para detectar enfermedad de Chagas en aquella población. En medio de una epidemia de fiebre tifoidea, Medulio debía pasar operando las perforaciones intestinales que provocaba la enfermedad, lo que hacía con depurada técnica y mucho éxito. Entonces le pidió a su joven sobrino que le ayudara a recoger muestras de sangre de los pacientes y trazados electrocardiográficos. Culminada la tarea, le encomendó entregarle el material a Talice en el Instituto de Higiene, que completaban 369 trazados. Allí éste le dijo que no tenían cardiólogo para interpretar los trazados, y ante la dificultad sugirió a Fiandra que fuera al Hospital Maciel, junto al Dr. Roberto Velasco Lombardini⁴, para aprender a interpretarlos. La sorpresa fue grande; le interesó el desafío. Aunque su línea de estudio era la Ingeniería Electrónica, fue aprendiendo la técnica de los trazados en las tres derivaciones primitivas y así pudo cumplir la encomienda. La cercanía con los pacientes, el ver cómo morían de infartos y luego presenciar las necropsias confirmatorias, fue remodelando el destino de ese joven trabajador. Al finalizar la tarea estaba decidido: cambiaría a Medicina. Y así ingresó a la Facultad haciendo una carrera excelente. Ganó el concurso del Internado, junto a Carlos A. Gómez Haedo, ocupando los primeros lugares.

II

Cuando era ya Practicante Interno del Hospital de Clínicas, ocurrió la visita a Uruguay de Clarence Crafoord, el famoso cardiocirujano sueco, que había sido el primero en el mundo en operar una coartación de aorta en 1944. Venía con su equipo para estudiar, diagnosticar y operar pacientes, sobre todo con cardiopatías congénitas. De aquí fueron a Buenos Aires, y Crafoord le pidió a Fiandra que les acompañara para comunicarse mejor con los colegas de la vecina orilla. Al término de la gira, le ofreció ir a perfeccionarse a Suecia, una vez recibido. Eso ocurrió, y fue al Instituto Karolinska, al cual viajaron su matrimonio con el niño Daniel, de apenas seis meses, y Jorge Dubra Tafernaberry (1919-2011), con su esposa Sara y sus dos pequeños hijos, cuando él todavía no se recibiría hasta 1959. En el Instituto participó en la Clínica Pediátrica del Prof. A. J. Wallgreen, con el equipo del profesor Edgar Mannheimer, de cardiología pediátrica, entrenándose en la realización de cateterismos diagnósticos. Pero en aquel rico ambiente fermental, trabó buena relación con un *ingeniero y médico*, Rune Elmqvist, con quien discutían a menudo aspectos técnicos del marcapasos que estaba desarrollando éste. Desde luego, ese marcapasos era un tremendo aparato, que vivía conectado a la red eléctrica y no permitía mayor autonomía al paciente, que la que permitía la

⁴ CAVIGLIA STARICO, Saúl E.: Roberto Velasco Lombardini (1892-1984). En Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo II. Véase: http://www.smu.org.uy/publicaciones/libros/ejemplares_ii/art_46_velasco.pdf (Consultada el 16.05.2011)

longitud del cable de conexión a la pared. Allí se encuentra también con Roberto Rubio Rubio (1918-2011), otro hombre del interior, oriundo de Castillos, Rocha, un cirujano uruguayo interesado en la cardiocirugía, que fue al mismo lugar para aprender esas técnicas, que los suecos habían demostrado en su visita a Uruguay.

III

De regreso al País, Fiandra trabaja en el Laboratorio Cardio Respiratorio del Hospital de Clínicas, en funcionalidad respiratoria, en tareas asistenciales, y se incorpora al naciente equipo de cirugía cardiovascular que integran Rubio, Juan Carlos Abó Costa y Aníbal Sanjinés Bros (1917-2011). Se encargará de la hemodinamia de las operaciones de corazón a cielo abierto para corregir graves defectos congénitos, luego de participar con Alberto Barcia Capurro (1922-2009) en los eventos previos de diagnóstico de los pacientes a ser intervenidos. Eso es así durante muchos años, contribuyendo a formar a su lado a quienes le sucederían.

IV

Trabajaba en el Centro de Asistencia del Sindicato Médico del Uruguay (CASMU), primero como Practicante, luego como médico de urgencia, más tarde como cardiólogo. Allí asistió a una joven abogada, menor de 40 años, que tenía un bloqueo aurículo-ventricular de tercer grado, un síndrome de Stokes-Adams, haciendo hasta diez episodios diarios de paro cardíaco. Fiandra busca solución para este caso y retoma contacto con sus amigos suecos, que en su mayoría estaban de vacaciones, viendo si en ese tiempo habían desarrollado algún marcapaso implantable. Sus discusiones con Elmqvist, acerca de los diversos materiales para construir marcapasos más livianos y efectivos, habían dado resultado, pero todavía no eran definitivos. Más bien tenían dudas de que pudieran ser exitosos. Su paciente no estaba dispuesta a vivir conectada a la pared, y prefería morir si no se encontraba otra solución. Asumiendo total responsabilidad Fiandra y su paciente, el 3 de febrero de 1960 junto al cirujano Roberto Rubio colocan en el Sanatorio No. 1 del CASMU, en Arenal Grande y Colonia, el primer marcapaso que funcionó en el mundo. Como pudo comprobarlo muchos años más tarde el americano Seymour Furman, de Nueva York, que investigó el proceso de incorporación de estos elementos maravillosos, llegando a la conclusión que el uruguayo fue el primero exitoso, seguido de otro, implantado el 31 de marzo de ese año en el Hospital Saint George, de Londres, y de un tercero en los Estados Unidos, en junio. La paciente sobrevivió muchos meses y falleció de una sepsis a fines de ese año.

V

Los marcapasos eran caros para importarlos de sus fabricantes originales suecos. Probaron más tarde, los fabricados en Sao Paulo, Brasil por Adib Jatene y su equipo, de costo mucho menor. Pero al cabo de poco tiempo comprobaron que no eran lo eficientes que se esperaba. Y Fiandra se embarcó en fabricar marcapasos nacionales. En el garaje de su casa, ayudado por su esposa, y con implementos que le conseguía en Nueva York, Abraham Donner, que se hizo muy aficionado a buscarle esos artículos electrónicos raros; era el suegro de su amigo y colega Jaime Sznajder. Esto se transformó entre 1969 y 1970, en una fábrica de marcapasos implantables, de renovadas generaciones, cada vez más eficientes y sofisticados, que terminaron siendo producto de exportación a los mercados más exigentes, y aun los más exóticos, como la República Dominicana, India o Rusia, en los últimos tiempos. Que llegó a ocupar 40 ingenieros electrónicos y un total de 140 funcionarios. Señal de dónde puede llegar el ingenio de las personas de valor, cuando tienen metas claras y perseverancia en su esfuerzo, sin entretenerse en las tentaciones del costado del camino. Esa fue la pasión y la auténtica virtud de Fiandra. Un luchador y un realizador toda la vida.

VI

En 1972 la Oficina del Libro de AEM publicó su libro *Electrocardiografía*, que él dedicó *“A Élida, mi esposa, mi inigualable colaboradora”* y también *“A los jóvenes estudiosos, de cuyo esfuerzo depende, en gran parte, el porvenir de nuestra patria”*. Con su esposa, a quien conoció en 1947 y contrajo matrimonio el 15 de junio de 1953. Con ella tuvo un largo y feliz matrimonio del que nacieron tres hijos: dos varones, Daniel Orestes y Héctor Alfredo, que optaron por la Medicina y siguieron los pasos de su padre, y una mujer, Alicia Teresa, que cursó Veterinaria y se ocupó luego de la fábrica de marcapasos. En el preámbulo de aquel libro de *Electrocardiografía*, contó Fiandra las mismas cosas a que me he referido antes, con lujo de detalles y el reconocimiento a muchos de sus compañeros y mentores. Menciona allí a su Maestro don Julio C. García Otero, al Dr. Héctor Homero Muiños, que lo llevó a trabajar al Hospital Español, y entre muchos otros, al Prof. Jorge Dighiero, que autorizó y alentó sus planes de investigación. Desfilan en esa introducción una galería de notables, la mayor parte desaparecidos. Los estudiantes le pidieron, a fines de 2009, una nueva edición de este magnífico libro, que él consideró siempre como una contribución extremadamente modesta.

VII

El sentido de responsabilidad por sus pacientes, fue lo que le hizo un cardiólogo de éxito en su práctica privada. Un consultante obligado para médicos y pacientes,

que acudían a él y llenaban su consultorio de la entonces calle Carapé (hoy Ana Monterroso de Lavalleja), dejando otro compartido en la calle San José, con prominentes figuras de la Medicina nacional. Venían los médicos de todos los puntos del país, a verlo como pacientes. Y desde luego también le enviaban a sus propios pacientes. Porque la palabra, seriedad y diagnóstico de Fiandra, eran una garantía. Pero él brindaba al paciente algo que éste necesitaba más que el diagnóstico. La confianza de su dedicación, la serenidad de su palabra y su pronóstico, que hacía cuidadosamente, midiendo cada palabra y cada gesto. Eso es lo que a través de los siglos distingue a los médicos excelentes y hace que los pacientes se sientan bien, aunque su pronóstico no sea favorable. Y a la hora de ser pacientes, no había distinciones de filosofías o credos políticos. Todos le reconocían sus auténticas virtudes. Para ellos y sus familiares.

VIII

Un viejo proverbio chino señalaba: *“El médico corriente trata la enfermedad; el buen médico trata al paciente; el mejor médico trata a la comunidad”*. Fiandra hizo de este aforismo una realidad.

Tuvo una mirada social, unida a una clara noción demográfica y epidemiológica, es la que quiero especialmente destacar, porque es el origen de muchas de las cosas más trascendentes que él logró plasmar.

Hace diez años, con respecto a la accesibilidad a los progresos tecnológicos señaló⁵: *“La preocupación era aún mayor porque una de las cosas que yo siempre he defendido es que la salud tiene que ser para todos y que no puede ser que la gente que tiene dinero pueda salir de algo y el que no lo tiene, no. Me subleva el hecho de que una persona se pueda morir porque no tiene plata.”*

Así fue madurando en él la idea de que estas tecnologías de alto costo debían estar al alcance de toda la población, no importando su condición económica o social. Y a principios de 1966 concibió crear un Fondo, el germen de lo que luego sería el Fondo Nacional de Recursos, que con un claro pensamiento reducía a esto: *“un modesto aporte de los afiliados mutuales equivalente a lo que entonces costaba una cajilla de cigarrillos, y los pacientes de Salud Pública por un reducido aporte del Ministerio, por acto ejecutado a sus afiliados”*. Esta idea pareció entonces imposible, porque no se aplicaba en ningún país del mundo. Entrevistó a gobernantes, que casi todos aprobaron su idea. Pero el FNR no se creaba. Más tarde lo apoyó la Academia Nacional de Medicina y el Instituto Nacional de Cirugía Cardíaca, y cuando su viejo amigo el anesthesiólogo Antonio Cañellas, fue Ministro de Salud, los viejos genes croatas del Dr. Fiandra, que no le habían dejado descansar en ese propósito visionario, finalmente lograron que se aprobara un Decreto-Ley, a fines

⁵ *El Diario Médico*, No. 40, julio 2002, op. cit.

de 1979, que comenzó a funcionar en 1980. Esto es, catorce años después del surgimiento de aquella idea. Desde luego, el mecanismo, muy criticado en su época, pero cada vez más reconocido y valorado por la comunidad médica y por toda la población, resolvió los problemas cardiológicos, pero también las prestaciones de prótesis de cadera y de diálisis renal crónica, hasta entonces impensables. He aquí el sentido social de la propuesta y del proyecto. Poner al alcance de toda la sociedad, tratamientos que ya eran corrientes para el desarrollo científico, pero que estaban frenados por una barrera económica infranqueable accesible sólo para unos pocos. Los Nefrólogos veían cómo sus pacientes con insuficiencia renal crónica morían, siguiendo un cronograma ineluctable. Los artríticos con problemas de cadera, no podían operarse para la colocación de una prótesis, si no tenían una fortuna detrás; estaban condenados a una paralización progresiva. Su liderazgo atrajo a Oscar Guglielmone y Dante Petruccelli, que se unieron al proyecto desde el inicio.

El Ac. Oscar Guglielmone (Salto, 1917-1999) había dicho, inspirado en el pensamiento de William Shakespeare, en *La Tempestad*, y de José Enrique Rodó en su *Ariel*, al colocar la piedra fundamental del Banco de Prótesis, en setiembre de 1986: *“Hace 8 años otros grupos humanos, de otras disciplinas médicas, inspirados en la misma filosofía, se unieron al Banco de Prótesis para crear un gran centro, una institución sin fines de lucro que llevaba el nombre de PROCOR (prótesis, corazón y riñón). Muchos hombres, no médicos y médicos, se entregaron con amor a esa obra social y humanitaria. Sólo el espíritu de Ariel los guiaba. Cuando ya era casi realidad surge en la escena el espíritu de Calibán. Su fuerza destructora pudo más. El edificio cayó en pedazos. Murió sin gloria e injustamente mal recordado. Para esos hombres que no supieron comprender la razón de su existencia y las proyecciones de su futuro, que cegados por el espíritu de Calibán, destruyeron la obra e hirieron a sus creadores, sólo deseamos: “Perdónalos Señor, no saben lo que hacen”. Después del triunfo de Calibán, renace el espíritu de Ariel, y sobre los escombros de PROCOR se reinician las obras.”*⁶

De esta manera, por su tenacidad, pudo hacer realidad ese viejo y largo empeño, en el que derramaba un beneficio a toda la sociedad, más allá de sus pacientes, y para diversas patologías. Que con el curso del tiempo se fueron extendiendo a otros muchos procedimientos de alto costo, que por modificaciones primero de la ley, y luego por disposiciones administrativas, resolvieron y ensancharon permanentemente sus prestaciones fundacionales. Pero el puntapié inicial, sin duda, fue el que dio Fiandra, con su profunda mirada social, que nunca aprovechó para enaltecer su persona.⁷ Haciendo de esta forma un triángulo de tres vértices:

⁶ RODRÍGUEZ GUGLIELMONE, Malena: Oscar Guglielmone Pruzzo: Hasta el hueso. Colección Vidas. Editorial Fin de Siglo, Montevideo, marzo 2011, pp.: 132-133.

⁷ Se trata de los Decretos-Ley Nros. 14.897 del 23 de mayo de 1979 y 15.617, del 24 de agosto de 1984, y de la Ley 16.343 del 24 de diciembre de 1992.

un cardiólogo fuertemente vinculado a Nueva Palmira, Colonia, un ortopedista oriundo de Salto, y un nefrólogo criado en San Gregorio de Polanco, Tacuarembó. Tres hombres del interior que pensaban diferente en muchos otros aspectos, pero que los vinculaba una misma mirada social buscando la Igualdad, como decía Guglielmone, o la Equidad, como se pregona hoy día. Diría Fiandra 30 años después, en julio de 2010⁸: *“Otra cosa que me da la satisfacción es que Barak Obama, se sintió muy contento porque consiguió aprobar una ley y de esta manera logró que todos los habitantes de Estados Unidos, tuvieran derecho a la diálisis renal. Nosotros hace 30 años que tenemos eso...”*

IX

Otro capítulo de la mirada social de Fiandra, fue la concreción de la Comisión Honoraria para la Salud Cardiovascular.⁹ Que por inspiración de un Pediatra y Salubrista, el Dr. Carlos Miguez Barón, que logró consagrar como Ley y fue su primer Presidente, aunque con recursos escasos, en comparación con sus precedentes cercanas. Que en su Ley de creación fija entre sus cometidos y atribuciones promover, coordinar y desarrollar planes y programas concernientes a la prevención, diagnóstico precoz, tratamiento y rehabilitación de las personas expuestas o afectadas por enfermedades cardiovasculares; así como proporcionar en forma sistemática información destinada a la población, programas de difusión y educación de la población, entre otros. Últimamente, además del énfasis en la reanimación cardiovascular y la difusión del masaje cardíaco externo, que tantas vidas ha salvado, se hizo hincapié en el estudio y registro genético preventivo de la hipercolesterolemia familiar heterocigota, para su diagnóstico precoz y adecuado tratamiento, montando un laboratorio con visión poblacional a fin de estudiar y corregir, en lo posible, uno de los mayores factores de riesgo, junto al sedentarismo, la dieta y otros elementos.

¿Qué sentido tiene organizar una Comisión Honoraria para la prevención y educación en salud en esta materia? Nada más, ni nada menos, que incidir en la primera causa de muerte de los ciudadanos uruguayos y de gran parte del mundo desarrollado. Incidir para disminuirla. Con una gran fortaleza de su área de Epidemiología y Estadística, que brinda información muy útil y poco conocida por la grey médica y la población general. Y que ha tenido una acción benéfica, como puede demostrarlo la reducción de los índices en los últimos diez años. En los que ha descendido la mortalidad por esta causa de manera significativa. Excepto para la hipertensión arterial, que continúa siendo el asesino silencioso. Para orientar

⁸ Prof. Dr. Orestes Fiandra: El ingeniero del corazón. Radiografía de vida. En *Diga 33, revista médica cultural*, año 4, No. 18, julio 2010, pp. 44-48.

⁹ Ley 16.626 del 22 de noviembre de 1994.

esta obra se requiere una mente de salubrista, mirar por la Salud Pública, con gestos apropiados, bien pensados y mejor conducidos. Así se ha desarrollado la actividad de esta modesta Comisión, si la comparamos con los presupuestos e ingresos de sus demás hermanas Comisiones Honorarias. Haciendo sus Semanas del Corazón y despertando en la población la conciencia por la prevención, incidiendo en muchos de los factores que llevan a instalar la enfermedad y luego el proceso ineluctable que conduce a la muerte y sus cercanías. Así como a los altos costos asistenciales, de patología que luego se intenta reparar mediante actos muy costosos, cuando el daño ya es irreversible, llevando a la práctica el viejo adagio de “*Vale más prevenir que curar*”.

X

Un nieto de Velarde Pérez Fontana, Juan Ignacio Gil, fue llamado cierta vez a la casa de Fiandra, en Punta Gorda. Allí le obsequió una colección de su biblioteca que había pertenecido a un viejo médico italiano que fue insigne profesional en Palmira, el Dr. Carlos Cúneo, muy querido por el pueblo de Palmira. Allí pudo constatar, Juan Ignacio, algo que le impresionó: la sencillez del hogar y el enorme amor que reinaba en él.

¿Es acaso esto un pedazo de la Medicina de la Antigüedad? ¿O será que el Profesor Fiandra practicaba la más auténtica Medicina, desde el punto de vista científico y humano? Me inclino por esta última opción.

Sin menoscabo de su preocupación por toda la comunidad, dedicaba su atención a cada persona, como si fuera su único y más importante paciente. Se tratara del más encumbrado o del más modesto ciudadano. Fue el cardiólogo de varios Presidentes. Y cuatro Presidentes, que no fueron sus pacientes, lo mantuvieron al frente de esta Comisión Honoraria.

XI

Manifestó, en relación al Centro de Construcción de Cardio-estimuladores, la empresa que fundó¹⁰: Ante la pregunta: *Usted además de esa preocupación pública de que todo el mundo accediera, también desarrolla una veta de emprendedor médico.* Fiandra respondió: *“Siempre por mejorar la humanidad. La fábrica ganó plata que dio miedo, por eso creció tanto pero nunca saqué un peso de allí. El dinero lo reinvertía, para que pudiera progresar, por esta razón creció tanto. Me gustaba que progresara”*.

Él fue, en todo caso, como dijo Rudolf Virchow, el gran patólogo alemán del siglo XIX, quien en lo suyo pudo hacer realidad este pensamiento:

- “Los médicos debemos ser los abogados de los pobres”.

¹⁰ Diga 33, revista médica cultural, año 4, No. 18, julio 2010, pp. 47-48.

- "La Medicina es ciencia social, y la política no es otra cosa que Medicina en gran escala".

XII

Orestes Fiandra ingresó como Miembro Titular de la Academia Nacional de Medicina, el 29 de octubre de 1987, ocupando el sitial número 4. Participó activamente de la vida de la Academia, concurrendo asiduamente a todas sus reuniones. Sin embargo, no aceptó ningún cargo de representación, ni tampoco integrar su Consejo Directivo, lo que le fue ofrecido en reiteradas ocasiones.

Fiandra, como Guglielmone y otros de su tiempo, fueron profundamente influidos, aunque no lo manifestaran, por el espíritu del *Ariel* de Rodó, que en su introducción dirigida a la Juventud de América sintetizaba:

*“Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia – el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.”*¹¹

Su obra científica se tradujo en más de 180 trabajos o artículos y tres libros. Con multitud de premios nacionales e internacionales. Pero me interesa destacar, por su excepcionalidad, que le otorgaron en 1989 el Premio Nacional de la Academia Nacional de Ingeniería del Uruguay, por un trabajo sobre *Marcapasos implantable dual multiprogramable con telemetría*, que encabezó, junto al Ing. Julio Arsuaga y el Dr. Walter Espasandín, sus hijos médicos y otros colaboradores.

Recomendó a los jóvenes estudiantes de hoy¹²: *“La Medicina es una noble profesión. Para desempeñarla dignamente es imprescindible adquirir conocimientos científicos firmes, a los que es necesario renovarlos y actualizarlos permanentemente, teniendo en cuenta lo que dijo Sir William Osler: “el valor de la experiencia no es ver mucho sino ver con inteligencia”.”*

Fue un realizador; hombre comprometido con la acción en beneficio de la sociedad. Su pasión fue perfeccionar instrumentos y organizaciones para mejorar la calidad de vida de la población. Integra con honor, la galería de los más ilustres y trascendentes médicos uruguayos del siglo XX, con proyección universal, que son muy pocos.

¹¹ RODÓ, José Enrique: Obras completas. Editorial Aguilar, Madrid, 1957, pp. 202-203.

¹² *El Diario Médico*, No. 40, julio 2002, p. 9.

En conclusión: recordemos a Orestes Fiandra, como un hombre del interior, que trajo a Montevideo una forma sencilla y práctica de *hacer* la Medicina, buscando el progreso y bienestar de sus pacientes y de toda la comunidad, con talento creativo. Tuvo pasión por saber más y convertir la teoría en hechos prácticos, palpables, innovadores y benéficos. Dotado de profundo sentido social, que se proyectará, más allá de las opiniones, a lo que serán las amplias avenidas de los avances que nos traerá el siglo XXI. A medida que pasen los años, tal vez se valore cada vez más la obra de este médico uruguayo que predicó y practicó la excelencia, y será orgullo de lo mejor de la Medicina uruguaya. Que trabajó hasta el día de su accidente, que le resultaría fatal, dando ejemplo de coherencia y compromiso. Con sencillez, humildad, trabajo y silencio.

Debemos darle nuestro agradecimiento por su ejemplo de vida, por su sencillez y su voluntad de plasmar sueños en realidades. Compatibilizando su prédica con su práctica. En un único discurso: el de hacer.

Dr. Antonio L. Turnes

15 de diciembre de 2011

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA